

LA VOZ DE ESPAÑA

Una alocución de don D. Manuel Cordero habló

EN LA SALA MOZART

Antonio Machado dirigida a todos los españoles

En la patriótica emisión de radio que diariamente se da con el título «La Voz de España», ha sido divulgada la siguiente alocución del ilustre poeta don Antonio Machado:

«A todos los españoles. — Más de una vez he dicho, y nunca me cansaré de repetirlo, que mi ideal político se ha limitado siempre a aceptar como legítimo solamente el Gobierno que representa la voluntad del pueblo, libremente expresada. He de añadir que la palabra pueblo no tiene para mí una marcada significación de clase; del pueblo español forman parte todos los españoles. Por eso estuve siempre al lado de la República española, cuyo advenimiento trabajé en la modesta medida de mis fuerzas y dentro de los cauces que yo estimaba legales. Cuando la República se implantó en España, como una inequívoca expresión de la voluntad política de nuestro pueblo, la saludé con alborozo y me apresé a servirla, sin aguardar de ella ninguna ventaja material. Si ella hubiera venido como consecuencia de un golpe de mano, como imposición de la astucia o de la violencia, yo hubiera estado siempre enfrente de ella. Yo sé muy bien que dentro de una República se plantean problemas mucho más hondos que el estrictamente político —son ellos de índole económica, social, religiosa, cultural, en suma—, y que, dentro de esa República, caben ideologías no sólo diversas, sino hasta encontradas. Pero por muy honda y enconada que sea la lucha, la República conserva su legitimidad mientras la voluntad del pueblo, libremente expresada, no la condene. Por eso cuando un grupo de militares volvió contra el legítimo Gobierno de la República las armas que de él había recibido para defenderla de agresiones injustas, yo estuve, sin vacilar, al lado de ese Gobierno desarmado. Sin vacilar, digo, y también sin la menor jactancia; porque creía cumplir un deber estricto. Los profesionales de las armas no eran ya el Ejército de España; el Ejército de España era entonces, para mí, aquel que el pueblo hubo de improvisar con los mejores de sus hijos; un Ejército tan débil e insuficientemente armado por fuera, como fuerte y superabundantemente provisto, por dentro, de razón y de energía moral. Improvisado, digo, con los mejores de sus hijos, y no vacilo en añadir: con un pequeño grupo de voluntarios propiamente dichos, de hombres apneados y generosos que venían a España, sin la más leve ambición material, a verter su sangre en defensa de una causa justa.

Con todo ello, y convencido de la ceguera, de los errores, de la injusticia de nuestros adversarios, de cuya índole facciosa no dudé un momento, confieso que nunca pude aborrecerlos: con todos sus yerros, con todos sus pecados, eran españoles; y el lazo fraterno, hondamente fraterno de la patria común, no podía romperse ni con la más enconada guerra civil. Pero se inició el hecho monstruoso de la invasión extranjera. Dos pueblos extranjeros habían penetrado en España para disponer de su destino futuro y para borrar por la fuerza y la calumnia su historia pasada. En el trance trágico y decisivo que hoy vivimos, no puede haber dudas ni vacilaciones para un español. Ya no le es dado elegir banda ni bandería: ha de estar necesariamente con España y en contra de los invasores. Dejemos a un lado la parte de culpa que en la invasión de España hayan podido tener los españoles mismos. Si este pecado existe, si alguien lo cometió conscientemente, es de índole tal que escapa al poder de sanción de todo tribunal humano.

Reparad también en que ni siquiera he hablado de fascismo ni de marxismo. No creo que haya nadie en España que diste más que yo del ideal fascista. Siempre he creído, sin embargo, que, desde un punto de vista teórico, cabe ser fascista sin por ello dejar de ser español. Mas siempre he afirmado que no se puede ser español y entregar el territorio y los destinos de España a la codicia imperialista del fascio italiano o del racismo alemán. No creo que nadie, hoy, en España, pueda pretender honradamente que esto sea posible.

Se nos ha calumniado, dentro y fuera de España, diciendo que nosotros también servimos una causa extranjera: que trabajamos por cuenta de Rusia. La calumnia es doblemente pífida, pero tan grosera, que no ha podido engañar a nadie que no sea perfectamente imbécil. Porque todos saben (están hartos de saber) que Rusia, ese pueblo admirable, que renunció a su imperio para libertar a sus pueblos, no atentó nunca a la libertad de los ajenos y que no tuvo jamás la más leve ambición territorial en España. Esto lo saben todos, aunque muchos disimulen ignorarlo.

Ha llegado el día, hombres de España, de España entera —quiero decir de todos los pueblos hispánicos cuyo territorio está invadido— en que hemos de reconocer esta verdad inconcusa: nuestro deber más imperioso es luchar por nuestra independencia terriblemente amenazada. Y España es fuerte, mucho más fuerte de lo que piensan nuestros enemigos, porque,

«No dudéis un momento que traiciona a su patria quien se niegue a defenderla contra la invasión extranjera.»

como he dicho una vez, y no me importa repetirlo, España no es una invención de la diplomacia extranjera o la resultante de Tratados de paz más o menos ineptos. Lleva siglos de vida propia, perfectamente definida por su raza, por su lengua, por su geografía, por su historia y por su aportación a la cultura universal. No dudéis un momento que traiciona a su patria quien se niegue a defenderla contra la invasión extranjera.

El Gobierno de nuestra República, en el ejercicio de un derecho incuestionable, y en el cumplimiento de su más alto deber, ha formulado, en el documento del doctor Negrín, de todos conocido, las líneas generales de los fines de guerra para España entera. Nada en ellos se prejuzga; nada en ellos implica coacción o amenaza. Todo en ellos significa atención y respeto para todas las buenas voluntades de España. Meditadlo bien. Y escuchad, al par, el dictado de vuestra conciencia. El os señalará el único camino para ser españoles.»

NOTAS

ILUSION DE DEFENSA

Madrid seguía sin poder nada contra la aviación enemiga. Carecía de aparatos propios y no contaba con material antiaéreo. La iniciativa de algunos mecánicos, a vueltas con su ingenio, había transformado varias máquinas de la infantería en ametralladoras cazaaviones. Eran bastante deficientes como ametralladoras y muchísimo más como antiaéreas. Eso no lo sabíamos entonces, lo aprendimos bastante después, y por el momento, si Conchoso nos mostraba, allá en el tejado del palacio de Medinaceli, el artificio bélico que había conseguido preparar, después de limar mucho y ajustar no poco, nos ganaba el ánimo la certeza de que no tardaríamos demasiado tiempo en prohibir a la aviación rebelde su navegación por el cielo de Madrid. Para que me ganase el escepticismo fué preciso que, alarmados por la presencia de tres aparatos facciosos, nos encaramásemos al tejado, decididos a hacer funcionar la ametralladora. Todavía conservo el recuerdo de cómo batía la emoción en mi pecho. Tenía tal prestigio aquella máquina, y era el blanco tan perfecto que, con renuncia a todo optimismo exagerado, esperábamos castigar aquel ataque abatiendo dos trimotores. Una preocupación nos inquietaba: el que los aparatos no hubiesen descargado sus bombas y su caída determinase una catástrofe en pleno corazón de la ciudad. Se resolvió correr ese riesgo. Después de todo no podíamos olvidarnos que estábamos en guerra. Los servidores de la pieza, le dábamos ese nombre en gracia a su prestigio, se pusieron en forma. El platillo estaba cuajado de municiones. Las de repuesto, a punto. La refrigeración, bien. Se calculaba, a ojo de buen cubero, la distancia de los aparatos a la máquina. «Vuelan ahora sobre el Ministerio de Marina». «Se alejan». «Vienen en nuestra dirección». El dedo nervioso del tirador se precipitó y la máquina, respondiendo al mandato, se puso en marcha: traca, traca... Grandes voces. «¡Quietos! ¡quietos!» La ametralladora ya se había callado. El observador dictaminó científicamente: «Debemos esperar a que se aproximen más a la vertical. Sin esa precaución gastaremos municiones inútilmente.» Una pausa nerviosa. El ruido de los disparos, y la presencia relativamente próxima de los aviones, justificaban bien nuestro desasosiego. Llegaba hasta nosotros el zumbido de los motores aéreos. La caza se ponía a pedir de boca. Las naves venían en un vuelo lento y bajo. No hubiera producido rabia su seguridad, consecuencia de anteriores incursiones impunes, a no estar acechándolas con aquella pieza que les reservaba, por primera vez, la sorpresa dolorosa de un castigo no esperado. De un momento a otro, según los cálculos del observador, iban a penetrar en la zona peligrosa. Con la respiración contenida y el corazón exultante de júbilo, esperábamos el momento anhelado. El tirador estaba un poco desmenguado. Movía la máquina con un tacto exquisito, como si se tratase de un cuerpo vivo y delicado, para conservar el punto de mira en precisa relación con el primer trimotor. Nos hubiera sido imposible conservar por más tiempo aquella tensión cuando el observador, con una voz pálida, gritó: «¡Ahora! ¡Fuego!» El tirador oprimió desesperado el gatillo, y la máquina se obstinaba en un silencio aterrador. Le vimos dar un puñetazo al platillo y, como respondiendo al castigo, sonaron tres tiros. Ni uno más. Familiarizada con los golpes, la ametralladora se negó a funcionar. Se le cambió el platillo, pero el cambio no fué provechoso. La pieza no funcionó y los aparatos, ya en la vertical, parecían como si hubiesen acortado la marcha para burla de los cazadores del tejado. ¡Qué trajin en él! La ametralladora fué desmontada, revisada y vuelta a montar. Se cambió la posición y con el blanco inasequible al fuego, se la puso en marcha. Consumió medio platillo y se atrancó. Los aviones eran tres puntos imperceptibles. Escaleras abajo, con el pesado artificio al hombro, los cazadores tenían un humor sombrío. Tomaron venganza de su fracaso en el taller. Durante dos días anduvieron a vueltas, limas, punzones, martillos y grasas, con la ametralladora, imponente por su aspecto y raramente caprichosa por su mecánica. En todo el contorno de la ciudad, seis o siete aparatos de igual estilo, constituían su defensa antiaérea. El vuelo en esas condiciones no ofrecía riesgo y los pesados trimotores alemanes disponían de libertad para, después de descargar sus bombas sobre las trincheras de la Ciudad Universitaria, hacerse visibles, a alturas inverosímiles, por bajas, en la Puerta del Sol y en la plaza de Castelar. Gastado ese recurso como productor de miedo colectivo, volvieron a usar el de las bombas, alternándolo con invitaciones a la rendición. Sucedió que, en vez de ablandar el ánimo de la capital, lo endurecieron y lo hicieron más resistente. La población se habituó al riesgo de los bombardeos y, a partir de entonces, los ataques aéreos no interrumpieron ninguna actividad. Ni siquiera las colas de las mujeres se disolvían. Hubo necesidad de propagar oficialmente que semejante conducta era locamente temeraria y que una vez comunicada la presencia de los aviones enemigos, existía la obligación de buscar seguridad en el refugio más próximo. Finalmente se dieron órdenes para que los guardias impusiesen a los ciudadanos el cumplimiento de ese deber.

Entretanto, ¿cuándo iban a llegar nuestros aparatos? Estábamos a la espera de ellos — de un momento a otro —, desde hacía varias semanas. Para compensarse del retraso, la fantasía popular se puso al trabajo. ¡Qué fino trabajo el suyo! Prieto, cuya pasión por Madrid está patente en la conciencia de la capital, se había dado tal maña para encontrar en los mercados un material inmejorable, que estaban a punto de ser montados unos aparatos de gran bombardeo, de características tan singulares, que llevaban prendidos a las alas dos cazas, encargados de su defensa, en caso de un ataque adversario. En siendo de patente norteamericana, la versión pasaba por exacta, en gracia al progreso técnico de las factorías de los Estados Unidos. Se puntualizaban las características del nuevo avión con una morosidad demasiado convincente para que, aún los escepticos, siguiesen desconfiando. En el capítulo de velocidades, los aparatos prometidos a Madrid no tenían competencia posible. La famosa catedral voladora sería, en comparación, de una lentitud desesperante. Cada día nos traía un progreso aeronáutico. La capacidad renovadora de la fantasía madrileña pujaba con ventaja la de los mejores ingenieros de aviación. Se incorporaron al idioma corriente unas cuantas palabras de los oficios del aire que, unas veces bien y otras mal, manejábamos sin cansancio: «Empenajes», «cantilevers», «monocoque», «fuselaje»... De momento, eso era todo: fantasía ingeniosa o pandería tonta. Y la ciudad, principalmente en su barrio de Argüelles, martirizada por unos bombardeos inclementes, en los que los bombarderos podían elegir, sin prisas, los objetivos ambicionados. ¿Cuándo llegaban nuestros aparatos? A esa llegada asociábamos los madrileños toda suerte de esperanzas caudales. Con aviación se podría intentar, con éxito, la reconquista de Garabitas y vaciar de enemigos la Ciudad Universitaria, punto de partida indispensable para otras realizaciones de mayor consideración militar. ¿Cuándo llegaba?

Los avisados ya habían oído — ¡con qué enorme júbilo! — el ruido de nuestros motores. Habían llegado hasta acariciar con sus manos el flanco de los primeros aparatos. Se esperaban más. Estaban en vuelo y aterrizarían de un instante a otro. Traían mal tiempo. Un día sucio y lluvioso. Esa circunstancia frustraba el proyecto de presentarlos juntos, en vuelo académico, a Madrid. Se les había impreso una tarjeta de visita — un millón de ejemplares — que decía: «Madrileños: ya está aquí la aviación republicana...». Se utilizaron automóviles para repartirla, pero la comunicación no surtió todo su efecto. Este iba a producirse, en términos indescriptibles — lágrimas en los ojos, vítores en los labios, pañuelos en las azoteas — la mañana en que, rápidos como saetas, bruidos de sol, los jóvenes motores de la aviación republicana iniciaron la persecución de las «pavas» alemanas. Hasta ese día, en el palacio de Medinaceli, no dieron definitivamente de baja a aquella infame ametralladora de mecánica versátil y caprichosa que, hasta entonces, nos era útil, por encima de toda ponderación, como ilusión de defensa.

FERMIN MENDIETA

Un hecho reciente, la bárbara persecución semita, ha conmovido la sensibilidad de todo el mundo.

Una conferencia de Manuel Cordero

El diputado a Cortes don Manuel Cordero dió, el domingo por la mañana, en la Sala Mozart, una conferencia sobre el tema «El Partido Socialista Obrero Español y el mutilado de guerra». El acto había sido organizado por la Asociación de Mutilados y Familiares de Muertos de la Guerra y de la Revolución.

El señor Cordero comenzó diciendo que, para el Partido Socialista, el problema de los mutilados de guerra es de los que no necesitan discusión. Es un problema de justicia, y todo el mundo ha de estar de acuerdo en la imperiosidad de resolverlo. Los mutilados —dijo— tienen un poco de amargura en el fondo de su alma porque les parece que no se les presta la atención debida, y yo quisiera librarles de esta sensación. Los mutilados de guerra cuentan con la estima de todos, y el Gobierno no les olvida en modo alguno. Lo que ocurre es que en estos momentos la preocupación de la lucha embarga todos los espíritus, y, por otra

parte, el tema no es para apasionar a las multitudes. Este fenómeno se registra en todas las guerras. Lo peor de la guerra no es que destruya la riqueza de un pueblo, que arruine su industria, que hunda toda su economía, que aniquile su patrimonio artístico; es que destruya, también, el alma de las gentes. Las hace áridas, encerradas en ellas mismas. Hoy, nadie se emociona por una muerte más, por una desgracia más. Venos la muerte demasiado cerca, sufrimos demasiado directamente la tragedia de la lucha, para que nos conmueva, como en tiempo normal, el dolor de los demás. A los socialistas nos preocupa la obra del mañana, la obra que habremos de emprender al día siguiente de terminada la contienda. Tendremos que realizar una obra ingente de reconstrucción nacional y, primordialmente, la de levantar el alma de los ciudadanos. Será preciso volver a enriquecer la sensibilidad española.

Antes —añade—, el hombre no era más que un instrumento de trabajo; cuando el instrumento se mellaba, se le arrinconaba por inútil. El valor humano del hombre fué acrecentándose, y se crearon pensiones y asilos para los que habían quedado inútiles para el trabajo. Ya no estaban los mutilados completamente abandonados. Sin embargo, cuando la guerra de Cuba, los mutilados fueron aún abandonados a su triste suerte, y fueron que vivir implorando la caridad pública.

El problema no se planteó seriamente hasta poco antes de terminar la Gran Guerra. Nuestras ideas flotaban entonces en el ambiente, y pudimos ejercer ciertas influencias. No se olvidó que la mayoría de las víctimas de la guerra eran víctimas proletarias, y teníamos el deber de velar por ellas. Pero no todos los móviles que intervenían para la solución del problema eran, como los nuestros, de carácter humanitario. Los había también de carácter utilitario. Las naciones que entraron en la lucha habían salido de ella arruinadas, y necesitaban aprovechar todas las energías. Había que sacar el mayor partido posible de los mutilados, adaptándolos para el trabajo.

Pero —sigue diciendo— este aspecto práctico de la cuestión no es tampoco desdeñable desde el punto de vista humanitario. El hombre necesita desarrollar una actividad útil para sentirse satisfecho. Los mutilados quieren sentirse incorporados al ritmo de vida de la sociedad. Tratádoles bien, proporcionándoles una vida holgada y fácil, no se les haría felices. Hay que darles la sensación de su utilidad.

Para resolver nosotros el problema tenemos una experiencia: la Gran Guerra. Después de la conflagración mundial, la reeducación del mutilado se ha convertido en una verdadera ciencia. Por lo que se refiere a nosotros, a la experiencia directa, no olvidemos el Instituto de Reeducación Social, que se creó en España para los mutilados en accidentes de trabajo, y del cual han salido técnicos excelentes.

Afirma que este problema no se puede abandonar, y sostiene que un mutilado ha de percibir los emolumentos que le correspondan por su rendimiento en el trabajo, ni más ni menos que cualquier otro trabajador. Es lo menos que puede hacer la sociedad por quien se sacrificó por ella. Pero al Estado no le es posible, en estos momentos, dejar resuelta la cuestión. Para que el problema encuentre aquellas soluciones de justicia que todos deseamos, será preciso esperar el término de la guerra. Pero la labor que realizan entidades como la Asociación de Mutilados, es muy conveniente, puesto que preparan los materiales de estudio y de experiencia necesarios para abordar el problema cuando llegue el momento.

Habla después de las pensiones para las familias de los muertos en la guerra, y dice que será preciso arbitrar la manera de que se concedan no por la categoría militar del muerto, sino según las necesidades económicas de cada familia. No es justo que una viuda con siete hijos, por ejemplo, cobre la misma pensión que otra que tiene uno o ninguno. En este sentido, el Partido Socialista hará cuanto esté en su mano, y lo hará con todo cariño, con verdadera vocación.

Se refiere después a la guerra, y dice que esta tiene, a pesar del hecho de la invasión, un carácter de lucha social, como lo tienen y lo habrán de tener todas las guerras después de la conflagración mundial. La guerra del 14 abrió en Europa un proceso revolucionario que el capitalismo quiere cerrar a toda costa. Ahí está la razón del miedo a la guerra: el capitalismo sabe que con la guerra del 14 estuvo a punto de perecer, y que una nueva guerra le hundiría irremisiblemente. Pero todo será inútil. La revolución social es inevitable. Hasta tal punto tienen fuerza sus ideas, que hasta las doctrinas totalitarias han tenido que valerse de ellas. Y es curioso observar que, en la zona rebelde, los derechos de los privilegiados, con todo y haber provocado y apoyado el movimiento fascista, no han sufrido menos que en nuestra zona.

Añade que toda la política de Europa depende de lo que ocurra en España. Si aquí se salva la democracia, se habrá salvado en toda Europa. En caso contrario, Europa se hundiría en una larga y tenebrosa noche.

Los valores humanos aún pueden salvarse. Es cierto que el mundo acogió con indiferencia lo ocurrido con Abisinia, con Austria y con Checoslovaquia. Pero un hecho reciente, la bárbara persecución antisemita de Alemania, ha tenido la virtud de conmover la sensibilidad del mundo. El espíritu vuelve por sus fueros.

La interesante conferencia del señor Cordero fué muy aplaudida.

PLAZAS EN AVIACION

ANUNCIADA CONVOCATORIA 200 PLAZAS APRENDICES Y APRENDIZAS TALLERES Instancias hasta el 30 de noviembre Preparación sencilla. Informarán en: «ACADEMIA WANGUEMERT» CORTES, 586

Bazar Condal CORTES, 639

(frente H. Ritz)

Vende al mayor:

Artículos papelería extra, perfumería, artículos cuero, artículos afeitar, géneros punto, confecciones, etc.

BAZAR CONDAL

Exposición «LA VIDA EN LA U.R.S.S.»

A. U. S. — A. E. R. G. U.

Visítala esta exposición si quieres conocer el gran país amigo GALERIAS LAYETANAS, Cortes, 613 Todos los días, de 9 a 2